La pasante

Autor: Buglar
Categoría: Adultos / eróticos
Publicado el: 10/10/2014

Apoyaba su torso sobre el escritorio, aunque me dejaba tocar sus tetas; mientras se ponía en puntillas para que pudiera penetrarla mejor desde atrás. Me fascinaba ver aquellas nalgas redondas, esa cintura de pera y el inicio de la espalda que tapaba la blusa ya arrugada.

Con los jeans a la cadera se dejaba coger a deshoras, todos los días. Si no sencillamente me relajaba con un oral debajo de mi escritorio. Tenía apenas 21 añitos y se dejaba poseer por éste viejo de 40.

Nunca me hubiera imaginado lo ardiente que era, tras aquella cara angelical. Ni mucho menos que se entregaría a mí, cuando apenas habíamos cruzado palabra. Era chiquilla, casi de la edad de mi hija mayor, pero de un apetito grande. Cabello largo hasta la cintura, delgada y con una cinturita de avispa, tetas descomunales y labios carnosos.

Me dí cuenta de que buscaba algo porque constantemente veía hacia mi oficina, pero al principio me lo negué. Yo tan jefe y ella tan chiquita, qué va estar fijándose una chiquilla casi recién salida de la universidad en un hombre ya hecho y derecho.

Comencé a buscarle conversación esporádica para sondearla y poco a poco fue ganando confianza. Un día entró a despedirse, me dio un abrazo y me pegó sus ricas tetas en mi pecho.

Se volvió rutina: al llegar e irse todos los días, había besitos en las mejillas y restregada de tetas. Yo no me quejaba, pero aún dudaba. Sin embargo aprovechaba de tomarla por su cintura y apretarla contra mí.

Todo se aclaró un día que tuvo que rendirme cuentas de no recuerdo qué tarea asignada. Trabajamos largo rato, hasta tarde. Y cuando iba a marcharse se levantó y alzó los brazos como para estirarse y relajarse, dejándome ver un primer plano de sus enormes tetas. Al ver mi cara, me preguntó con desenfado: “¿Te gustan? ¿Las quieres ver sin tanta tela?”

Me las mostró y la verdad eran bellas: grandes, pero con un pezón rosado perfecto y abultadito.

“¿Te gustan? ¿Te las quieres comer?”

Y dije que sí. Así que ese mismo día me las comí y ella luego me comió a mí y me dejó regarlas con mi leche.

Al día siguiente volvió a mi oficina, pero esta vez se quitó los pantalones. Así que lo que me comí y regué fue otra cosa.

Y se volvió rutina. Todas las tardes, luego que se iba el último empleado del piso, mi bella pasante era mía.

Estuvimos así 6 meses hasta que logró titularse. A las semanas se casó con su novio de la universidad. Y después de la luna de miel se reintegró al banco, pero ya con cargo fijo, que le ayude a gestionar.

Ya no volvimos a juguetear en las tardes.

Fue asignada a otro departamento y debió hacerlo muy bien, porque su jefe pidió su promoción de Analista a Jefe a los seis meses. “Trabaja muy duro y hasta muy tarde todos los días conmigo”, fue la explicación que me dio el colega un día que me topé con él en el ascensor.

Yo sólo sonreí.

Publicado bajo licencia Creative Commons BY-NC-ND

Enlace original del relato: ir al relato
Otros relatos del mismo autor: Buglar
Más relatos de la categoría: Adultos / eróticos
Muchos más relatos en: cortorelatos.com